

uno á uno se rompen los vínculos que unen el cuerpo de tierra al alma inmortal, esplica esa sus pensamientos durante la terrible lucha con palabras de este mundo ó si habla ya el idioma de los inmortales : sin duda le faltaban voces al pecador á quien el Mesías prometió que le recibiría en su reino, pero en el fondo de su corazon le dirigió esta oracion :

« ¡Por tu sangre, que por todos los humanos corre, apiádate de mí, Redentor del mundo ! ¡Gran sacerdote del santuario de los cielos, tú eres eterno ! ¡ Tú vuelves al seno de tu Padre en toda la plenitud de tu gloria !... ¿ Me será dado volver á oír aquella voz divina que clamó : *Consumado está?* ¿ Volveré á oírla otra vez ? ¡ Gólgota, tú eres mi tumba y su altar ! ¡ Regocijaos destrozados miembros míos, en su altar gozareis del último reposo ! »

Bendíjole el serafín Abdiel que sobre la cruz volaba, con una de sus miradas, é imploró para él la divina misericordia.

« Fuente de clemencia y de amor, Redentor del mundo, no abandones en su última hora al pecador arrepentido, guíale en el valle cuyas tinieblas asustan á los ángeles mismos, y permítele entrever las felicidades que al fin de su viage le esperan. »

Así inicia Abdiel en la inmortalidad al espíritu

del moribundo que continua dirigiendo al cielo sus últimos pensamientos :

« ¡ En vano procuras, pecador arrepentido, esplicar tu gratitud ; todavía perteneces demasiado á la tierra... mas pronto... sí, muy pronto... Dios de amor y de misericordia, tú que perdonas, tú que expias los pecados del mundo, en tus manos Señor... como ondean las palmas de la victoria !..... Dios de amor y de misericordia, tú que perdonas, tú que expias los pecados del mundo, en tus manos, Señor, encomiendo... ¿ Por qué tardas todavía, alma perdonada, alma salvada..... divino Mediador, en tus manos encomiendo... »

Los últimos lazos que unian aquel alma á su fragil morada se han roto, y gozosa esplica así el santo éstasis que su libertad le causa :

« ¡ Llámante muerte, á tí, súbito tránsito del sueño al despertar : no, no es ese tu nombre : la muerte es cruel y tú tan dulce ! Con tu encanto embelleces hasta á la inexorable destruccion, tu sombría compañera... ¡ Confiadamente le abandono mis restos inanimados ; redúzcalos á polvo, espárzalos por toda la creacion, á fin de que maduren para la cosecha del dia postrimero ! ¡ La vida en que acabo de entrar no tiene término, es eterna ! »

Corre una lágrima de gozo por la mejilla de Abdiel viendo brillar al alma del pecador salvada por

el arrepentimiento con celestial resplandor ; viéndola y oyéndola preguntar candorosamente :

« ¿Sin duda que tú eres uno de los elegidos de su trono? Al abrirse mis ojos á la inmortalidad han visto tu rostro resplandeciente, y al oír el melodioso rumor de tus alas me he estremecido de felicidad. ¡Cuanto mas te contemplo tanto mas se aumenta mi gozo ! »

Y el serafin responde en tono grave y solemne :

« Ven, ó tú, el primero de los muertos redimidos por la sangre de Cristo ; ven, que has hallado gracia en el altar del sacrificio ; ven, y serás en adelante la esperanza de los pecadores durante su vida, y su terror despues que mueran. Ven á que se cumplan los decretos de la Providencia, sígueme al santuario de las celestiales alegrías. »

Dijo, y lanzáronse entrambos á la infinidad del espacio. El profeta admitido á la contemplacion del ser divino en el monte Sinaí, y que al bajar de aquel santuario brillaba con resplandor tan vivo que tuvo que ocultar su rostro con un velo á las miradas del pueblo ¹; el elegido del Señor que porque una sola vez fué incrédulo no pisó la tierra

¹ Al bajar del monte Sinaí donde el Señor se había dignado mostrársele, de tal manera resplandecía el rostro de Moises, que no atreviéndose el pueblo á mirarle se apartaba de él. Para hacer pues que se le acercasen y le escucharan hubo Moises de cubrirse la cabeza con un velo. (Exodo, cap. XXXIV.) — T. F.

de Canaan ¹, el gran Moises, á quien el Eterno juzgándole demasiado fuerte, no le dió angel custodio en esta vida, vuela solitario sobre su misteriosa tumba sumido en profundas meditaciones, contempla ante su vista retratadas en fugitivas sombras los principales acontecimientos de su larga carrera, y á medida que á su vista se presentan esplica las sensaciones que le causan de esta manera :

« ¡ Huye, Faraon ; largo tiempo hace ya que los juncos de la ribera no esconden ni uno solo de tus huesos, ni uno solo de los huesos de tu innumerable ejército !... ¡ Cuan magestuosamente se deshacen las transparentes murallas que formaron las olas replegándose al abrírnos en su seno un maravilloso camino ! ¡ Como brama la tempestad saliendo furiosa de entre las nubes de fuego ! ¡ Cual corre á su muerte el Egipto, que la mano del Eterno tomó á su cuenta esterminar ! Gracias os sean dadas nieblas y llamas del Señor, que nos habeis guiado al través de tantos montes, de tantos y tan áridos desiertos... ¡ Ya vuela al combate... ya der-

¹ Temeroso de no obtener agua tan pronto como la deseaba el pueblo que se moria de sed, hirió Moises dos veces la roca de Horeb, de la cual le había prometido el Eterno que haria manar una fuente ; y en efecto manó ; mas en castigo de haber dudado del poder de Dios hiriendo dos veces la roca no fué lícito á Moises pisar la tierra de promision. (Números, cap. XX.) — T. F.

rota á Amalec ! ¡Israel triunfa porque mis brazos permanecieron levantados al cielo¹ !... ¡Region sagrada, yo te conozco, aquí ví brillar la encendida zarza ; allá se burla de los siglos aquella árida roca demasiado lenta en satisfacer mis ardientes deseos cuando le pedí un puro manantial ! ¡Allí está el lugar terrible donde se abrió pasó el infierno para tragarse á los tres osados rebeldes²... te reconozco, monte sagrado, noble Sinai, morada del trueno y del fuego celeste !... y á tí tambien, abrasado desierto, tumba inmensa de tantas valientes cohortes respetadas por el mar Rojo³, á tí tambien te reconozco !... ¡ Temible Nebo, á tí que encierras mis huesos, te saludo !... ¡ en medio de la tierra de Canaan veo centellear las alturas Garizim⁴, y el altar sagrado del Gólgota ! »

¹ Mientras á las órdenes de Josue combatian los Hebreos contra los Amalecitas, pueblo de la Arabia Petrea en los confines de Palestina, oraba Moises en la montaña con los brazos levantados al cielo. Cuando cansado el profeta, dejaba caer las manos vencian los enemigos, y al contrario los Hebreos así que volvía á levantarlas : por eso hizo Moises que le sostuvieran los brazos hasta el fin de la batalla que concluyó con la completa derrota de los Amalecitas. (Exodo, cap. XVII.) — T. F.

² Coré, Datan y Abiron.— T. F.

³ El mar Rojo.— T. F.

⁴ Montaña de Palestina en el valle de Sichein que formaba parte del reino de Samaria. El rey Acab hizo construir sobre ella un magnífico templo en el cual las mas veces se adoró á los ídolos. Las santas Escrituras designan generalmente á ese templo con el nombre de *tugar alto ó floresta*.— T. F.

Y sobre la cima del Nebo, los ángeles que en otro tiempo anunciaron á la tierra las leyes del Eterno, brillan como las estrellas de la constelacion de Orion. Dulcemente resuenan sus arpas de oro y en coro cantan sus celestiales voces :

« No venimos á traerte las bendiciones de Garizim, no te ofrecemos vida de un día : la salud del Gólgota es la que se nos mandó derramar sobre tí ! ¡ Moises ! ¿ porqué tardan tus huesos en salir del polvo ? ¡ Moisés ! levántate que tu Redentor te llama. »

La melodia de las celestiales arpas ha sumido al Profeta en dulce sueño ; la trompeta del Señor le despierta haciendo estremecer al Nebo y á su misteriosa tumba.

Moises resucitado ya para la vida eterna se postra, ora adorando al Salvador del mundo, y sus brazos permanecen largo tiempo levantados al cielo sin que ningun angel lo sostenga.

Tambien en los sepulcros de los Reyes, se agita el polvo y despertándose á la vida eterna, el noble hijo de Isai⁴ sale del fondo de las lúgubres bóvedas, ve al espíritu de Salomon, que vela cerea de sus propias cenizas y se detiene cerca de él.

La sombra de Salomon que todavía es parte del reino de los sepulcros permanece inmóvil en mu-

⁴ David fué hijo de Isai, pastor del valle de Belen.

da admiracion, ante el resplandor celestial de su padre trasformado ya por la resurreccion. En aquel mismo instante se aparecen en el regio panteon los Patriarcas resucitados, y con ellos sus ángeles custodios. Abraham esclama en santo arrebató :

« ¡La voz del Señor habló á nuestros pulverizados huesos, y hemos resucitado, para recibir con toda la magnificencia de nuestra inmortalidad, al Redentor del mundo cuando salga de su sepulcro !
¡ La misma gloria te espera á tí, ó el mayor de los Reyes de la tierra ! Semejante al arbusto que florece al pié del magestuoso cedro, unirás tambien el sonido de tus verdes ramas, al embalsamado aliento del cielo que mece la copa del arbol de la vida. »

Y dijo Gabriel al espíritu de Salomon :

« No flores, hijo del Eterno ; gracia has hallado ante él, aunque duermen tus huesos cuando ya el cedro del Señor da sombra á las tempranas flores. »

« ¡ Llorar yo ! responde Salomon : ¡ yo, á quien el Eterno colmó de sus favores, á quien se dignó sacar del fondo de los abismos en que me hallaba !
¡ No, no : duermo, ó polvo de mi mortal corteza, duermo hasta el día de la universal cosecha ! Y si estas bóvedas sepulcrales se cansaran de cubrírte dispérsate en los vientos y nete á las úsuaves exhalaciones de las flores y á los argentados rayos de la luna. »

« Debo decírtelo, ó Salomon, replicó el angel : tú no te aparecerás nunca á los futuros cristianos, ese poder se les concede únicamente á los muertos que salen de la tumba con el Salvador ; mas un dia gozarás de todas las celestiales bienaventuranzas. »

Dijo, y ángeles y Patriarcas, dejando el regio Panteon, regresan al bosque de Mambré donde nuevos resucitados los esperan. Ezequias¹ sigue durmiendo ; pero el vencedor de Zara², rey tan debil en sí mismo como fuerte por su confianza en Dios, se levanta del polvo y con él Josafat³, quien marchando con sus tropas al enemigo hizo que las precedieran Levitas y Profetisas, cuyos himnos le aseguraron la victoria.

¹ Ezequias fué uno de los reyes mas grandes de Judá, y reinó por los años 626 antes de Jesucristo. Impidió constantemente que el pueblo se entregase á la idolatría, y tanta fué la cordura y piedad de su gobierno, que obtuvo la declarada proteccion de Dios hasta el fin de su vida.— T. F.

² Alude Klopstock al rey Asa (917 años antes de Jesucristo), quien habiéndole acometido Zara, rey de Etiopia, con un ejército formidable, marchó contra él con pocas fuerzas, pero lleno de confianza en Dios, para quien, decia el santo rey, *ninguna diferencia hay en socorrer con muchos ó con pocos*. Dió en efecto la batalla despues de orar piadosamente, y fueron vencidos los Etiopes por mano del Señor, dejando en poder de los Hebreos un inmenso botin. (Paralipomenon, lib. II, cap. 44.) — T. F.

³ Hijo de Asa ; siguió las huellas de su padre, y los himnos de los cantores que marchaban á la cabeza de sus tropas bastaban para derrotar al enemigo. (Paralipomenon, lib. II, cap. 29.)— T. F.

Otro cadaver real sale de la solitaria tumba de Huza¹, y casi al mismo tiempo sale del sepulcro de los reyes su hijo² y con él Josias, el piadoso y ardiente mancebo, destructor de los ídolos³. Cantores y cantoras celebraron durante largo tiempo con tiernas lamentaciones la memoria de aquel heroe del Eterno herido por mortífera flecha que lanzó el bando del feroz Neroc⁴.

Lanzáronse de sus tumbas los cinco resucitados, rápidos como los relámpagos que cruzan la atmósfera en una serena noche de verano, pero Ezequias continua durmiendo.

Un espíritu de tinieblas, que animó en otro

¹ Manasés, hijo de Ezequías, que empezó de reinar á la edad de doce años, idolatró y cometió toda especie de crímenes. Para castigarle suscitó Dios contra él al rey de Siria, que cargado de cadenas le llevó cautivo á Babilonia. Con la desgracia se abrió su alma al arrepentimiento y volvióle Dios sus estados. De vuelta á Jerusalem, hizo que reinasen en ella la justicia y la religion, y murió venerado de todos, enterrándose en una de sus casas de placer llamada Huza. (Reyes, lib. II, cap. 24.) — T. F.

² Amon, hijo de Manasés, reinó solos dos años, asesinándole al cabo de ellos sus mismos servidores. — T. F.

³ Josías, hijo de Amon, subió al trono á la edad de ocho años, y á pesar de su estremada juventud abolió el culto de los ídolos y confió la administracion de justicia á magistrados virtuosos. — T. F.

⁴ Neroc, rey de Egipto, pasó por Judá para ir á combatir á Babilonia: queriendo Josías oponerse á su paso fué muerto por una flecha. Lloró el pueblo amargamente su muerte. (Paralipomenon, lib. II, cap. 34 y 35.) — T. F.

tiempo al ídolo Nisroc¹, y la sombra de Sennaquerib², descenden lentamente de las alturas del Líbano, y deteniéndose el conquistador dice al espíritu maligno con voz agitada por la ira y el orgullo:

« Habla, Nisroc, ¿qué poder sobrenatural nos ha obligado á salir del fondo de los infiernos, para venir á buscar las tumbas de los Reyes de Israel? »

« ¿Porqué preguntarme? ¿No te ha hablado tambien á tí la voz terrible que nos dió esta orden? ¿Quien, sino el angel de la muerte, tiene aquel acento poderoso como el rayo, rápido como el relámpago? ¿Y á quien sino á él obedeciera Nisroc? »

« ¡Miserable! ¿Cómo puedes olvidar así lo que fuiste? ¡En tus altares fueron un tiempo inmoladas humanas víctimas, sacrificados reyes vencidos! ¿Tuvo nunca altares el angel de la muerte? ¿Ofrecieronle nunca regia sangre en holocausto? »

« ¡Silencio, conquistador orgulloso! ¡En mas envilecimiento has caido que yo, pues que te ves precisado á obedecerme á mí, que doblo la cerviz

¹ Uno de los dioses de los Asirios. — T. F.

² Sennaquerib, rey de Asiria y célebre conquistador, taló diferentes veces el reino de Israel, y cuando por último sitiaba á Jerusalem donde entonces reinaba Ezequias, Dios, de quien continuamente blasfemaba el impio, envió por la noche un angel á su campo que mató á todos sus soldados y oficiales. Entonces huyó Sennaquerib á Nínive, donde fué asesinado por su propio hijo en el templo del ídolo Nisroc. (Reyes, lib. II, cap. 49.) — T. F.

ante otro dueño! Marcha, marcha á adorar el polvo de Ezequias, de ese rey de Judá cuya tumba buscamos. Te burlaste de la omnipotencia del Eterno y el Eterno puso en tu boca su freno y atravesó tus narices con un anillo, obligándote á huir por el mismo camino que devastaron tus rápidas conquistas¹. Cesa de fingir que no conoces al angel inexorable á quien yo me veo obligado á obedecer. No puedes haberle olvidado al mensajero terrible de la ira de Dios, que degolló á tus guerreros dormidos convirtiendo tu campo en una vasta llanura cubierta de cadáveres! No puedes haber olvidado los alegres graznidos de las hambrientas águilas que, al lucir los primeros rayos del sol, vinieron á cebarse en tan inmenso pasto! Creíste vencedor del cielo y de la tierra y osaste clamar: «¿En donde estan los dioses que han libertado á las naciones de mi poderosa mano? ¿Qué se hizo de los dioses de Hamath y de Arpad? ¿De los dioses Sepharvaim de Telasar y de Retseph²?...» Pues bien, á tí te

¹ Todo este pasaje es imitación del cap. XXXVII de Isaias, en el cual procura el profeta tranquilizar á Ezequías que atemorizado con las conquistas de Sennaquerib, imaginaba que Dios le había abandonado. Isaias hizo renacer en él la confianza, revelándole la suerte que el cielo preparaba al conquistador.— T. F.

² Nombres de las ciudades que asoló Sennaquerib en el curso de sus conquistas. Para decidir á Ezequías á que le pagase tributo sin resistirse, mandóle decir el rey Asirio que no contase con la ayuda del cielo y que escarmentara en el ejemplo de las ciudades que ya había

pregunto yo ahora que se hizo de ellos? Mas ¿qué digo? Bien sabes que han bajado á los infiernos donde te persiguen con sus satánicas burlas.»

Lleno de vergüenza y desesperacion vuelve á emprender Sennaquerib su incierta marcha, síguete Nisroc y entran ambos en el sepulcro donde el alma de Ezequias se halla inmediata á sus mortales restos. Al ver á los espíritus de las tinieblas vuélvese el alma del rey hácia su angel custodio y le pregunta, quien son aquellos réprobos que así vienen á turbar su reposo. Respóndele el angel:

«Sennaquerib y su ídolo: pronto sabrás porqué se les ha permitido penetrar bajo estas bóvedas.»

Y dirigiéndose á la negra fantasma que fué conquistador en otro tiempo, añade:

«¿Conoces á este bienaventurado espíritu?»

«¿Y qué puede haber de comun entre los dichosos favoritos del destino y yo que tan miserable soy?» responde orgullosamente Sennaquerib.

«Sí, miserable estás, replica el angel, porque fuiste malo. ¡Mira á este piadoso rey! Postróse en el polvo ante el Eterno á quien tú osaste insultar, y mientras que tus hordas devastaban los valles á manera de torrente destructor, él lleno de confianza en Dios solo en su auxilio confiaba. Ya sabes

saqueado sin que bastasen á impedirlo sus dioses. (Reyes, lib. II, cap. 18.)— T. F.

cual fué tu castigo en la tierra y cuales tus tormentos mas allá de la tumba : pero vas á sufrir un nuevo suplicio. Ese Rey que tan miserable juzgaste, que ni desprecio te inspiraba, prefiriendo en tu orgullo blasfemar del Dios en quien confiaba á humillarle á él; ese Rey, orgulloso Sennaquerib, va á resucitar delante de tus ojos en todo el esplendor de su gloria. »

« ¿Y á mí, que me importan su piedad y su eterna gloria? ¿Que me importa la luz á mí que soy eterno huesped de las tinieblas? Déjame volver al fondo de los abismos, tirano del cielo; déjame volver, no me detengas mas. »

« ¡Mas te importan de lo que tú quisieras los juicios del cielo, osado Sennaquerib! Delante de tí tienes el polvo de Ezequías, el tuyo sepultado está bajo las ruinas de Ninive, y tambien un día se reanimará, pero su resurreccion será muy diferente de la que vas á presenciar. »

La rabia y el terror vencen por fin al orgulloso guerrero, porque el alma de Ezequías se reviste súbitamente de un cuerpo celeste, y con su voz inmortal ordena á Sennaquerib que se vuelva á los infiernos. Pero como el miedo y el odio detuvieran al monarca Asirio, cual si raices hubiera echado en las rocas del sepulcro, Ezequías clamó de nuevo :

« Huye ahora, porque viéndome has aprendido

que hay castigos mas terribles que el que recibiste en el templo de Nisroc donde espiraste herido por tu propio hijo. Desde lo alto de su trono celestial, te desprecia la hija de Sion, y la noble Jerusalem mueve desdeñosamente su cabeza viéndote pasar ¹. ¿Reconoces al fin, orgulloso conquistador, reconoces al Dios de quien osaste blasfemar? »

No dijo mas : Sennaquerib y Nisroc se vuelven á los infiernos.

David se apresuró á buscar entre las almas de los muertos á su mas caro amigo, y le ha encontrado : tambien Jonatás le conoce y esclama :

« Sí, tú eres, mi amado David. Rodeado te miro de inmortal resplendor : así brillan sin duda Henoc y el grande Elías.

« Las cenizas de los muertos se han reanimado ; sonó la hora de la resurreccion para los elegidos de los pasados tiempos ; tambien tú resucitarás, ¡ó Jonatás, mi amigo y mi hermano!

« ¿Yo resucitar, ó David? ¿Por ventura, tengo como tú la dicha de ser uno de los ascendientes del Redentor, ó de ser tan grande ó tan santo como Moisés?

« Espera, Jonatás; yo he resucitado, ¿y quien fué nunca mas pecador que yo?

¹ Imitacion del cap. XXXVII de Isaías, — T. F.

— « ¿Mas tambien donde hubo nunca hombre mas noble en su arrepentimiento? ¿Qué ardiente oracion igualó jamas á las tuyas? Y ademas, de tu linage es el Mesías, mientras que para mí es demasiada recompensa que se me haya permitido bajar de los cielos á contemplar la pasion y triunfo de Cristo. Y ahora que gozo de la felicidad de verte, caro David, te lo confieso, tenia necesidad de ese consuelo... Paréceme tan triste esta tumba... aquí duermen los huesos de Saul... Perdóname este suspiro. Dios me ha dado parte en el reino de la luz, y mi agradecimiento no conoce límites... Y sin embargo, alguna vez me arranca lágrimas la memoria de mi padre. La bienaventuranza no puede ser tan completa para los mortales como para los ángeles, pasajeras nieblas la turban á veces.

« Esa dulce tristeza pudo ser te lícita, ¡ó Jonatás! cuando Jesus aun padecia : ahora que murió, ha vencido; y todos los primeros testigos de su gloria resucitarán para la gloria eterna. »

Dijo David. Levantó la voz el angel custodio de Jonatás, mandándole que enjugase la última de sus lágrimas; y obedeciendo el hijo de Saul, cayó por un instante en dulce sueño é inmediatamente despertó brillando á los ojos de David con todo el resplandor maravilloso de la resurreccion. Solo los seráfines serian capaces de pintar el gozo que ena-

gena á los dos amigos viéndose reunidos para siempre.

Gedeon ¹, el que salvó á su pueblo y rehusó la corona que Judá le ofrecia, renace de sus propias cenizas inmortal y resplandeciente. No brillarán como él, cuando suene la trompa del juicio final, los orgullosos conquistadores que ciñeron sus frentes con diademas teñidas en la sangre de los vencidos; no brillarán como él los reyes ambiciosos que, para estender sus dominios, promovieron sangrientas guerras.

Los pulverizados huesos que en otro tiempo resucitaron á los muertos ², reanímense; levántase el profeta y vuela sobre su tumba, maravilloso sepulcro que pronto supo demostrar que no guardaba en su seno los restos de un hombre vulgar.

Al dar á luz un hijo espiró cierta esposa á quien su marido adoraba: al sepulcro la acompañaban sus parientes presididos por el mas inmediato, que

¹ Gedeon, quinto de los jueces de Israel, salió de la oscuridad de su posicion para encargarse del gobierno del pueblo por espresa orden de un angel, derrotó á los Madianitas, obtuvo otras muchas victorias, y gobernó tan bien que el pueblo le ofreció la corona; mas él la rehusó. (Jueces, cap. VII, VIII y IX.) — T. F.

² Alúdese al profeta Eliseo, porque en efecto, habiendo unos hombres que conducian un cadaver depositádole en el sepulcro de aquel por temor de unos soldados, apenas tocó el muerto á los huesos del profeta, resucitó inmediatamente. (Reyes, lib. II, cap. 45.) — T. F.

llevaba en sus brazos al huérfano recién nacido, bello como botón temprano de olorosa flor. Súbito prorumpen los concurrentes en gozoso clamor, porque habiendo, los que llevaban el féretro, colocádolo un instante para descansar sobre la tumba del profeta, levantóse inmediatamente la joven esposa, y rápida como el relámpago, fué á coger á su hijo y á ponerlo en los brazos de su marido. Trémulo el esposo de sorpresa y de felicidad, contempló al principio á su amada, cual si fuera celestial vision; y cuando, por fin, se hubo convencido de que en efecto vivía, faltáronle las fuerzas, y solo apoyándose en la compañera de quien para siempre se creyó separado, pudo llegar á su cabaña ¹.

Blandamente mecen sus elevadas copas los palmeros que dan sombra á la tumba de Débora; y resucitada la profetisa vuela por los aires.

También sale Miriam triunfante del polvo: buscan sus ojos al espíritu poderoso que acaba de

¹ Por primera vez falta Klopstock aquí á la escrupulosa exactitud con que acostumbra á referir los hechos que saca de la Escritura. Ordinariamente los poetiza sin desnaturalizarlos nunca; y no puede creerse que cuando altera en el milagro de los huesos de Eliseo la forma y los personajes lo haga por ignorancia, pues todo su poema demuestra que había estudiado profunda y cuidadosamente los santos libros. De todas maneras el episodio que inventa en nada disminuye el maravilloso poder de los huesos del profeta, y es tan bello que no tendrán sus lectores dificultad en perdonarle esta licencia poética. — T. F.

darle de nuevo la vida, y pronuncian sus labios esta oracion:

« Ángel de la resurreccion, ¿ á donde estás? Divino segador, ¿ en qué sagrada sombra ocultas tu radiante cabeza? ¿ sobre cual de estos montes suena la trompeta que me ha despertado? ¡ O tú! que sin duda te asombras del inmenso prodigio de que el Eterno te ha hecho ministro, ángel de la resurreccion, ¿ donde descansas? ¿ Secos huesos que en sus éstasis proféticos vió Ezequiel levantarse en árida llanura, cuando resucitareis para la vida eterna? »

Ya se acerca ese momento supremo. El alma de Ezequiel vuela severa é imponente sobre las cenizas de los muertos y profetiza. Misterioso rumor suena en los aires; conmuévase el polvo, los huesos recobran su primera forma, se reúnen unos á otros y se cubren de palpitantes carnes, surcadas por venas purpúreas; de nuevo se estiende la blanca piel sobre los nuevos cuerpos, mas fátales aun el aliento divino. De nuevo profetiza el alma de Ezequiel, y los cuerpos se animan, y respiran y viven. Ya en las orillas del Kebar ¹ había su pensamiento visto la imagen de tan sublime escena; y

¹ Río de la Caldea en cuyas orillas tuvo el profeta Ezequías la vision de los huesos secos, que en este pasage imita Klopstock. (Ezequías, cap. XXXVII.) — T. F.

las bienaventuranzas celestiales no han bastado para que la olvide. En aquel momento, y mientras medita su espíritu, cerca de sus mortales restos, en los misterios de la redencion, un destello inmortal acaba de revelarle el porvenir y de explicarle lo pasado; y su angel custodio le dirige estas palabras:

« ¿Oyes el dulce estremecimiento de la naturaleza entera? Pues ese anuncia la presencia de Dios. Su aliento vivificador se estiende por todo lo creado. ¡Ah! ¡si tocase á tus cenizas! »

Entonces un soplo embalsamado agita la cabellera de oro del serafin, y trémulos de gozo, pronuncian sus labios el nombre del profeta: en vano: ya Ezequiel no le oye, porque su alma se ha aletargado, y sus cenizas se conmueven y trasforman. Resucita en fin, y no pudiendo explicar lo que siente, cruza sus manos, levántalas al cielo y se arroja en brazos de su custodio, quien vuela con él, conduciéndole cerca de otros muertos para los cuales acaba de sonar la hora de la resurreccion.

Sobre su fúnebre morada vaga el alma de Ase-nath², como vapor ligero argentado por los rayos

¹ Asenath, hija de Putifar, gobernador de On, casó con José cuando Faraón confió á este el gobierno de todo el Egipto. (Gen cap. XLI.) — T. F.

de la luna; y con tímida dulce voz esplica sus confusos pensamientos de esta manera:

« ¡O mi angel custodio! ¿dime porqué se me turba la vista? ¿porqué vagas sombras, que á un tiempo me alarman y me encantan, giran en torno de mí? Cuando perdí la terrestre vida, espermenté sensaciones semejantes. Habla, servidor del Eterno, ¿voy á morir por segunda vez? Suave murmullo de las fuentes del Paraiso, dulce rumor de las hojas del cedro celestial que tan deliciosamente halagais mi espíritu: no hagais que para siempre me duerma. »

Vencida por el sueño, calló; y verificándose casi inmediatamente el prodigio de la resurreccion, cantó aquella nueva resucitada la gloria del Eterno.

Suena la trompa suprema del serafin sobre la inmensa llanura, donde los átomos del polvo se estan convirtiendo en animados seres; y al clamor del metal sonoro sacude las sombras de la muerte el heroe del Señor, el que venció á los pueblos de Canaan¹. Así atraviesa el relámpago las nocturnas tinieblas; así, en las radiantes alturas de Othan²

¹ Josue, célebre caudillo de los ejércitos de Israel y sucesor de Moises, floreció 1431 años antes de Jesucristo. — T. F.

² Monte de Palestina desde el cual vió Eliseo como el profeta Elias se elevaba á los cielos. — T. F.